

El Romancero Nuevo en la segunda mitad del siglo XIX (1856-1899)

MARIANO DE LA CAMPA GUTIÉRREZ
Universidad Autónoma de Madrid

Este trabajo es parte de una serie de estudios que vengo desarrollando desde hace tiempo, que me permitirá valorar nuevamente desde la perspectiva actual, con mejores instrumentos y una visión más moderna, la historia de los estudios del Romancero nuevo. En ellos me ocupé tanto del periodo que cubre el siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX (de 1700 a 1856) como de la etapa que abarca desde fines del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX (de 1899 a 1953)¹. Ahora me propongo analizar el periodo que cubre la segunda mitad del siglo XIX, que se extiende desde el año 1856 hasta el año 1899, es decir, entre la aparición de la antología de Ferdinand Wolf y Konrad Hofmann y los primeros estudios de Ramón Menéndez Pidal, quien vuelve a considerar al Romancero nuevo como parte no despreciable dentro de la historia general del Romancero.

Fue, precisamente, Ramón Menéndez Pidal quien, en dos capítulos de su historia del romancero², analiza la época de la que me voy a ocupar aquí, aunque siempre desde la perspectiva del romancero tradicional³. Entre otros aspectos examinaba las diferencias y similitudes entre el romancero de los autores cultos de los siglos XVI y XVII y los del siglo XIX⁴.

1. Campa (2006) y Campa (2007).

2. Menéndez Pidal (1953: II), caps. XVII y XVIII.

3. También dedica una parte de su trabajo a describir el uso del romance por parte de los poetas cultos, Menéndez Pidal (1953: II, 269-275).

4. Menéndez Pidal (1953: II, 274-275). Ambos tienen en común el que refundían versiones romancísticas y que pretendían, frente a la poesía tradicional, una renovación "mediante un retorno a la antigüedad y a la poesía natural", y se diferencian en que si a los autores del siglo XVI casi se exigía la anonimidad, a los autores del siglo XIX les complace exhibir su nombre, y que si en el XVI esta poesía se concebía unida al canto y a su difusión popular, en el XIX nada de esto sucede.

Sin embargo, no fue sino desde la aparición de la antología de Wolf y Hofmann (1856) cuando se separan los romances más viejos tradicionales de los demás, incluidos los nuevos, aunque ya antes lo había hecho Jacob Grimm (1815) en su *Silva de romances viejos*, adoptándose, desde entonces, por los especialistas, de modo universal, el criterio de excluir en sus antologías todos los testimonios de romances no tradicionales⁵. Por lo tanto, hasta la publicación de la obra de Wolf-Hofmann los investigadores no distinguían, y si distinguían no separaban, los romances viejos tradicionales de los nuevos artificiosos y, por tanto, podían, en ocasiones, considerar a los nuevos, compuestos a partir de 1580, como contemporáneos o anteriores, incluso, al *Poema del Cid*.

Mi intención aquí es ver si la erudición del siglo XIX desde Wolf separó unos tipos de otros y distinguió las diferentes clases de romances. Para ello debemos acercarnos a cuatro aspectos de la vida cultural de la segunda mitad del siglo XIX: Los trabajos de los eruditos; las Historias de la Literatura; las ediciones de romances nuevos (ya en colecciones de textos, ya en ediciones de autores individuales), y, por último, examinar los progresos de la bibliografía en este campo de la literatura.

1. Los trabajos de los eruditos

El erudito alemán Ferdinand Wolf publicó en 1859 un conjunto de trabajos, en dos volúmenes, que recogían una serie de estudios sobre literatura española y portuguesa, en los que incluye un amplio tratado sobre el romancero⁶. En la introducción señalaba⁷:

Hace cosa de setenta años, cualquier académico o profesor universitario habríase juzgado ofendido por la mera sospecha de que aplicara su docta actividad a la literatura popular de su nación [...].

Después pasa repaso a los trabajos de los estudiosos alemanes desde Grimm y ofrece una valoración de todas las colecciones de romances conocidas hasta el momento, que incluían tanto romances viejos como eruditos y nuevos. Al examinar la colección de Ginés Pérez de Hita (*Primera parte de las Guerras civiles de Granada*) define los romances moriscos como⁸:

[...] los galantes pseudo-moriscos, por el contrario, o no tienen fundamento histórico o por lo menos es este inconocible, llevan ya el color de la galantería cristiano-caballeresca del siglo XVI; denuncianse por su tono ya sentimental y

5. Ramón Menéndez Pidal (1973: 53): "*La Primavera y flor de romances*, publicada en 1856 por Fernando Wolf y Conrado Hofmann, remedió esta falta, recogiendo únicamente los romances de un solo estilo, los tradicionales, y fundando su texto en una labor crítica, todavía no superada de clasificación y cotejo de cancioneros", y Diego Catalán (1997: X)

6. Wolf (1859). Cito por la traducción española de 1895. En el volumen segundo se incluye el tratado sobre el romancero dividido en tres secciones (precedidos de una introducción: Sobre la poesía de los romances de los españoles, pp. 5-11): I. De las ediciones y colecciones de romances (pp. 12-115); II. Del origen, de la organización formal y del desenvolvimiento de los romances (pp. 115-184) y III. Del carácter principal y la base material de los romances y su división fundada en ésta, o sea de los diferentes géneros y clases de romances (pp. 185-291).

7. Wolf (1895: 6).

8. Wolf (1895: 47-48).

superabundante, ya conceptístico y amanerado, como productos cortesanos, aun cuando no denotaran suficientemente su principio más artístico por la florida dicción llena de comparaciones, descripciones detalladas y alusiones mitológicas, el estilo elegante, la versificación fluida y la asonancia mantenida con más exactitud, diferenciándose esencialmente de aquellos salidos todavía puramente de los populares. Caben en esa misma clase, no con estos sino con los moriscos del Romancero general, los romances al estilo de los de la juventud de Góngora y de Lope de Vega.

Wolf divide los romances en tres clases: Romances viejos, romances eruditos y romances nuevos (“del último tercio del siglo XVI hasta la mitad del XVII se nos presenta otra, [...] los romances de moda”). Y analiza estas producciones artísticas del romancero nuevo⁹. Dentro de los históricos distingue los noticieros nuevos, que forman parte del *Corpus* que estudiamos¹⁰. Después pasaba a caracterizar estilísticamente a los moriscos¹¹. Y lo mismo para los pastoriles, o de asuntos varios. Asimismo, reconocía como otra clase distinta a los romances vulgares¹², sobre los que realiza un interesante análisis¹³. Para terminar repasa la clasificación de Durán en 11 grupos.

El trabajo de Wolf presentaba de forma muy iluminadora lo que sus predecesores no habían sido capaces de llevar a cabo en cuanto a la separación de tipos por estilos, lo que significaba un notable avance en la investigación, y ello analizado de forma científicamente

9. Wolf (1895: 198-199): “[...] estos romances son los más fáciles de reconocer; a través de cualquier disfraz y envoltura, sea la armadura del Cid, el albornoz morisco, el sayo pastoril, el jistillo de gitano o la aguela del jaque, vemos el rostro conocido del poeta, pues Lope de Vega y Góngora eran concidos de los aficionados en su estilo y manera aunque lanzaran al mundo sus romances como «Belardo» o el «Cordobés»”.

10. Wolf (1895: 226): “Pertencen también a éstos los romances no igualmente populares, pero corrientes entre el pueblo de más baja estofa del tiempo de Carlos V y de los tres Felipes, sobre la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, sobre las expediciones contra los berberiscos, sobre la santa liga y de la batalla de Lepanto, etcétera, que se apartan ya de los *fronterizos* [...]”.

11. Wolf (1895: 252-253): “Denuncian también su contenido y su forma su verdadero origen. Aquí no se encuentra ya casi ningún rastro de base legendaria, de historia idealizada; todo se reduce a intrigas de amor completamente ordinarias, celos, fiestas de corte, cabalgatas, torneos; con ropaje descrito, es cierto, con gran riqueza de detalles y que se da por morisco, pero tan caricaturizado y recargado, que se sofocarían con él no poco los pobres moros que, bajo el cálido cielo de España, tenían que envolverse, por ejemplo, en marlota, albornoz y alquicel, es decir, en una triple cubierta exterior; con nombres moriscos muy sonoros, es verdad, pero conduciéndose estos Gazul, Tarfe, Azarque, Lindaraja, Fátima, Zaida, con una galantería tan refinada, llevando en su boca y en sus armas y vestidos conceptos tan sutiles, divisas y sentencias tan conceptuosas que, a pesar de la triple cubierta, se reconoce a los legítimos galanes españoles y a las damas de la corte de Felipe, por cualquiera que no esté inficionado de la misma monomanía. Sirven para ello la forma enteramente artística, el lenguaje elegante, pero rebuscado, los ingeniosos, pero afectados juegos de antítesis, las frecuentes alusiones mitológicas –pues estos moros no invocan a Alah, ni a Resul-Alah, sino a Júpiter y a Venus– la versificación fluida, pero que suena muellemente, la asonancia cultivada con arte, aunque a menudo con rebuscado artificio”.

12. Wolf (1895: 278-279): “Con razón llama Durán a estos tardíos romances populares que desde mediados del siglo XVI, poco más o menos, nacieron en boca del pueblo, o fueron compuestos para el pueblo por sus cantores, los «ciegos», nuevos vulgares, para diferenciarlos de los *viejos populares*.”.

13. Wolf (1895: 288): “A pesar de que, por lo tanto, estos romances, mirados desde el punto de vista meramente estéticos, a menudo aparecen muy bajos y no pueden compararse en cuanto a su contenido poético con los viejos populares, tienen, sin embargo, para la historia de la literatura y de las costumbres gran interés, pues son para su tiempo lo que aquellos antiguos era para el suyo, sin que dejaran de ejercer influencia sobre la poesía artística de su tiempo, sobre todo la dramática, así como ellos por su parte llevan los más claros vestigios de la influencia de aquella y hasta coquetean con erudición pedantesca”.

camente admirable. Bien es cierto que Wolf había partido para su trabajo del estudio de Victor Aimé Huber, publicado en 1844. Huber había observado que los textos incluidos en las colecciones cidianas no eran todos del mismo tipo¹⁴. Y distinguía para los romances cidianos tres clases de textos¹⁵, entre los que reconocía a los romances nuevos¹⁶, que coloca en la tercera clase, como composiciones artificiosas propias de poetas cultos¹⁷. Después pasaba a definir el estilo de esta tercera clase¹⁸, y señalaba la posibilidad de distinguir entre las tres clases de textos¹⁹:

“[...] y así no es nada difícil distinguir en las demás colecciones los romances que pertenezcan a estas clases, separando al mismo tiempo los de la tercera clase, que además sólo se encuentran en los Romanceros posteriores, como el de 1604 y del Cid.”

Para terminar, una vez hecha la distinción, mostraba su preferencia por los de la primera clase, es decir, los tradicionales²⁰.

Los importantes avances en los estudios del romancero fueron asumidos pronto por don Manuel Milá y Fontanals, quien, en su estudio de 1853²¹, al tratar sobre la poesía popular, tiene bien claro la diferencia entre textos tradicionales y no tradicionales y, por consiguiente, los romances nuevos quedan fuera de su estudio, y eso tan sólo dos años después del trabajo de Durán, quien mezclaba todo tipo de romances. Años más tarde en otro libro, publicado en 1874, sobre la antigua poesía épica castellana y su relación con el romancero²², Milá presenta un “nuevo ensayo de clasificación de los romances”, y asigna

14. Huber (1844: LXXII): “[...] y a primera vista que van muchas y grandes diferencias entre romance y romance, y que en estas colecciones se han reunido varios géneros o clases de romances mui esencialmente distintas”.

15. Huber (1844: LXXIII): “Tres clases o géneros pues de romances del Cid se han de distinguir, esencialmente diferentes en todos respectos, aunque no sin ciertas transiciones.”.

16. Huber (1844: LXXVI): “La tercera clase, a que, ya se ve, pertenecen los que no hemos contado entera una de las dos otras, evidentemente fueron compuestos hacia fines del siglo diez y seis y principios del diez y siete por poetas parte verdaderos y legítimos, parte presumidos y apócrifos, pero por cierto nada populares, sino cortesanos y muy cortesanos, los que por lo general ni pensaban siquiera en imitar y continuar el estilo y género de romances populares antiguos”.

17. Huber (1844: LXXII): “No negaremos sin embargo que no haya algún que otro de esta clase que se distinga por cierta dignidad o delicadeza de sentimiento y cierta propiedad de expresión mui apreciable y poética, y no muy agena del argumento que tratan; pero muchos, también es verdad, que parecen haber sido compuestos por los bárbaros y mosqueteros más ridículos, estafalarios y culterizantes de Madrid”.

18. Huber (1844: LXXVI-LXXVII).

19. Huber (1844: LXXVIII).

20. Huber (1844: LXXXI).

21. Milá y Fontanals (1853).

22. Milá y Fontanals (1874: 52-166) pasa repaso a los testimonios conservados del Tudense, el Toledano, la *Crónica General de España*, Santillana, Lebrija, Juan del Encina, Argote de Molina, Cervantes, Lope de Vega, Juan de la Cueva, Juan Díaz Rengifo, Francisco Santos, Montaigne, Corneille, Huet, Vico, Luzán, Velázquez, Sarmiento, Tomás Antonio Sánchez, P. Andrés, Ramón Fernández, Bouterwek (1804), Herder, Quintana, Bowle, Schlegel, Sismondi, Depping, José Antonio Conde, Abel Hugo, Lockhart, Ford, Bello, Martínez de la Rosa, Juan María Maury, la traducción del Bouterwek (1829) por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde, Leandro Fernández de Moratín, Wolf (1831 y 1832: publicó un extenso estudio de la literatura medieval española con ocasión de la traducción española del Bouterwek, luego en Wolf 1859: I), Durán, Viardot, Clemencín, Hallam, Berchet, Saint-Hilaire, Duque de Rivas, Wolf (1841), Puisbusque, Gil Zárate, Huber, Hinard, Shack, Wolf (1846, luego en Wolf: 1859: 305-554), Cicourt, Ticknor, Dozy, Wolf, Durán, Ozanam, Wolf y Hofmann (1856),

como clases VI, VII y VIII, los de trovadores, los vulgares y artísticos “que no forman parte de nuestro estudio”. En el apartado sobre “Noticias de los cantares y romances” escribe (p. 538):

No todos los romances de los antiguos pliegos sueltos y citadas colecciones son populares, juglarescos y de trovadores. Ya en las tres primitivas colecciones y casi exclusivamente en Sepúlveda y Fuentes se leen romances eruditos (también juzgamos tales los de Juan Baptista) y en Timoneda los del a Vª clase de Durán o semiartísticos.

A unos y otros sucedieron en las últimas décadas del siglo XVI los romances artísticos, preparados por los poetas que consideramos de transición entre los eruditos y artísticos Cueva, Rodríguez y Padilla (1590, 81 y 87), imprimiéndose también aquellos, al principio, en pliegos sueltos (véanse los de Valencia 1589-94, Primavera, LXXXVIII y ss.) y recopilándose en las llamadas Flores a lo menos desde 1589 y luego en el Romancero general de 1600. Por la misma época se extendió el género de los romances vulgares de que vemos algún ejemplo en las relaciones versificadas de principios del siglo XVI pero que medró principalmente en el XVII, XVIII y aún en el presente.— Para la bibliografía general de los Romanceros véase especialmente Studien, 310-391 y Durán, II, 678-98.

Tras él, serán los trabajos de Ramón Menéndez Pidal los que inicien una nueva etapa en los estudios del Romancero. Desde sus primeros estudios Menéndez Pidal tuvo bien claro la separación entre romances tradicionales y nuevos (a los que llama artísticos). En 1899, al publicar un trabajo en el *Homenaje* a su maestro, Marcelino Menéndez Pelayo²³, destina un apartado a los romances no tradicionales, y presenta ya una clasificación sólida, que mantendrá durante toda su vida²⁴: clase 1ª tradicionales, clase 2ª juglarescos, clase 3ª semi-populares, clase 4ª semi-eruditos, clase 5ª eruditos, clase 6ª artísticos²⁵.

A partir de aquí, los romances artísticos, artificiosos o nuevos podrán empezar a construir su propia historia dentro de la historia general del romancero, hecho que no sucederá hasta pasados otros 50 años, cuando en 1948 Menéndez Pidal da una conferencia en los cursos de Extranjeros en Segovia con el título “El Romancero Nuevo”, publicada en 1949²⁶.

Huber, Helfferich y Glermont, du Ménil, Juan Valera, el conde de Puymaigre, Gastón París, Amador de los Ríos, Francisco de Paula Canalejas y Fernández Guerra.

23. Menéndez Pidal (1899). Dos años más tarde, en 1901, tenía un famoso plan para editar el Romancero General. Véase Catalán (2001: 15-30) y Campa (2006: 138 y n. 7).

24. Menéndez Pidal (1899: 467): “La clasificación de los romances según su estilo viene perfeccionándose en manos de Hüber, Durán, Wolf y Milá; permítaseme, pues ninguno de estos autores ha dado su sistema como definitivo, arreglar aquí algo a mi manera dicha clasificación al ordenar los romances del Fernán González”.

25. Menéndez Pidal (1899: 502): “Los romances de esta clase, por la libertad con que tratan el asunto y por la independencia de inspiración con que están escritos, se pudieran comparar a los semi-eruditos; pero no tienen, como éstos, nada de la espontaneidad y sencillez de los populares; si se entretiene en desenvolver una sola situación o un discurso, no lo hacen en tono épico, sino que son demasiado ingeniosos, lógicos, razonadores o declamatorios, son amplias variaciones sobre un tema dado; si se dilatan en una narración seguida (y de este carácter son los pocos que hay de Fernán González), entonces, o hay en el curso de ella algo de rebuscado que la desvía del orden más recto y natural de la exposición, o se interrumpe el relato con reflexiones y máximas, o en los diálogos se contrahace el habla arcaica o se da cualquier otra señal de artificio en su redacción”.

26. Menéndez Pidal (1949).

2. Las Historia de la Literatura

Nada o casi nada vinieron a aportar al panorama que presentamos las Historias de la Literatura. Muchas veces no se hicieron eco de los avances que la erudición había realizado y seguían repitiendo el esquema de Durán en sus trabajos. Ni siquiera las más importantes se adentraron en el tema del Romancero de una manera profunda; y en el caso de separar o distinguir clases de romances sólo consideraron dignos a los tradicionales o a los que exaltaban el heroísmo patrio.

Tal es el caso de Amador de los Ríos, quien en su *Historia crítica de la literatura española*, Madrid 1862, analiza la historia de los romances como una historia de la degeneración del carácter nacional y al describir los romances vulgares decía²⁷:

[...] que los *romances vulgares*, entre los cuales pueden comprenderse también los de *germania*, etc., aparecen como el fruto más sazonado del sistema político, inaugurado en su provecho por Felipe II, y exajerado por el poder teocrático, con mengua de la nación y vilipendio del trono, durante el reinado de Carlos II. Por esto los romances vulgares ponen de manifiesto la abyección y aniquilamiento del pueblo español, desde mediados del siglo XVII en adelante.

Las mismas consideraciones encontramos al tratar de los romances moriscos²⁸.

Del resto de Historias de la Literatura, sólo puedo ocuparme de mencionar las de Manuel de la Revilla y Pedró Alcántara (Madrid, 1872; 2ª ed. 1877) y la de Juan García Al-Deguer y Hermenegildo Giner de los Ríos (Madrid, 1889), que si bien en ambas aciertan a la hora de separar las distintas clases de romances, siguen teniendo fuertes prejuicios a la hora de valorarlos²⁹.

3. Ediciones de textos en el siglo XIX

Respecto a las ediciones de textos de romances nuevos es muy poco lo que nos vamos a encontrar. A pesar de ser varios los romanceros editados en la segunda mitad del siglo XIX, ya sean colecciones de textos de varios autores (antologías), ya sean ediciones de autores individuales. En cuanto a las primeras, solamente son tres las colecciones que

27. Amador de los Ríos (II, 1862: 500).

28. Amador de los Ríos (II, 1862: 493): "Los romances moricos, que nacieron para satisfacer tan nobles instintos, y que aparecen a nuestra vista como la fórmula más exacta y completa de la opinión general de España respecto a la conquista de Granada, comenzando a ser cultivados en los últimos días del siglo XV, llegan hasta mediados del XVII, en que degenerado y enflaquecido el sentimiento que les dio vida, y hechos ya patrimonio de los poetas doctos, desaparecen a golpe de la sátira, entre los escombros de la política y el naufragio de las letras". Para el estudio de los romances tradicionales por parte de Amador de los Ríos puede verse Cid (1999).

29. Revilla-Alcántara (1877: 339) y García Al-Deguer-Giner de los Ríos (1889: 75-76). Dentro de este periodo aparece también la de James Fitzmaurice-Kelly (*A history of Spanish Literature*, 1898, trad. española de 1901: *Historia de la Literatura Española desde los orígenes hasta el año 1900* por Jaime Fitzmaurice-Kelly, C. de la Real Academia Española, traducida del inglés y anotada por Adolfo Bonilla y San Martín, con un estudio preliminar por Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, La España Moderna, [s.a], desautorizada por su autor en 1913), aunque no es sino en la edición de 1914 en la que podemos encontrar aportaciones interesantes, ya que en las anteriores apenas hay referencias a los romanceros y menos a cualquier distinción entre romanceros viejo y nuevo.

nos interesan aquí³⁰. La relativa a los romances cidianos de Carolina Michaëlis (1871) y las reediciones del *Romancero* de Valdivielso (1618) del padre Mir (1880) y la colección de Juan de Chen (1612) reeditada por Karl Vollmöller (1891).

El *Romancero* de Valdivielso es interesante por las contrafacturas de romances nuevos vueltas a lo divino, y el *Laberinto* de Chen contiene 74 romances, todos nuevos. Pero, sin duda, la colección más nutrida es la del *Romancero del Cid*, recopilados, ordenados y publicados por Carolina Michaëlis, con un total de 205 romances. Ahora bien, los diferentes tipos de romances que acoge en sus páginas aparecen todos mezclados, sin hacer diferencias de estilos, aunque sí indicando las fuentes de las que tomaba cada uno. De todas las fuentes utilizadas varias pertenecen al romancero nuevo³¹.

Para las ediciones de autores individuales contamos con la publicación de textos de algunos poetas del romancero nuevo, aunque no se supiera, todavía, que estos autores formaban parte de la nómina del romancero nuevo con producciones que habían aparecido (manuscritas o impresas) como anónimas. Las ediciones de Castro (1847 y 1854), Rossell (1856), Hartzenbusch y Rossell (1964), Ximénez Embún (1876), Bibliófilos Andaluces (1869) y Janer (1877)³², dieron a la estampa textos de Luis de Góngora, Juan de Salinas, Cervantes, Liñán de Rianza, Lope de Vega y Francisco de Quevedo, que como anónimos aparecieron en las distintas compilaciones de romances nuevos.

5. El progreso bibliográfico: Durán, Gallardo, Salvá y Wolf

Frente a la escasez de textos del romancero nuevo editados en la segunda mitad del siglo XIX, los estudios bibliográficos supusieron un progreso considerable en cuanto a la localización y descripción de ejemplares en colecciones o en pliegos con romances nuevos. Durán en su *Romancero general* había incluido un gran número de fuentes bibliográficas³³.

Poco después la publicación del *Ensayo* de Gallardo (1863-1889), en 4 tomos, ofrecía la descripción detallada de un gran número de fuentes del romancero general ya se tratara de antologías, colecciones de autores individuales o pliegos sueltos. El propio

30. Rodríguez-Moñino (1973) y Rodríguez-Moñino (1977-1978).

31. *Flor de varios y nuevos romances*, 1ª y 2ª parte ahora nuevamente recop. P. Andres de Villalba. Añadióse nuevamente la 3ª parte por Felipe Mey, Valencia, 1591; el *Romancero general*, Madrid, 1600 (Medina del Campo, 1602; Madrid, 1614); Juan de Madrigal, *Segunda parte del romancero general*, Valladolid, 1605; Juan de Escobar, *Romancero del Cid*, Alcalá, 1612; Francisco de Meige, *Tesoro escondido de todos los más famosos romances así antiguos como modernos del Cid*, Barcelona, 1626; y Francisco Santos, *La verdad en el potro y el Cid resucitado*, Madrid, 1686.

32. Antes que la edición de Janer aparecieron sin nombre de editor literario las obras de Quevedo (1866, 1869, 1883 y 1886).

33. Durán (1849: LXVII-XCVI): Catálogo por orden alfabético de varios pliegos sueltos que contienen romances, villancicos, canciones, etc., de poesía popular o popularizada Con las secciones de: Pliegos sueltos impresos en el siglo XVI (1849: LXVII-LXXX), Pliegos sueltos impresos en el siglo XVII (1849: LXXX-LXXXV), Pliegos sueltos impresos del siglo XVIII en adelante (1) (1849: LXXXV-XCIV), Pliegos sueltos impresos del siglo XVIII en adelante (2) (1849: XCIV-XCVI), y en el tomo II (1851: 678-695): Catálogo de los Documentos. Orígenes y fuentes de donde se han tomado los romances de esta colección, en el que se da además noticia de algunos libros curiosos y análogos a ella.

Gallardo planeaba formar una colección de romances para lo cual había copiado entre tres y cuatro mil poemas de todos los estilos posibles³⁴.

Unos años más tarde apareció el *Catálogo* de Salvá (1872), quien en el tomo primero incluía la “Sección Poética” compuesta de tres divisiones: la primera de poesía popular, romances, glosas, villancicos, canciones, coloquios y relaciones, impresos en pliegos sueltos³⁵; la segunda de cancioneros y romanceros, antologías o colecciones de poesías escritas por varios autores³⁶, y la tercera de poetas diversos³⁷. El *Catálogo* describía de forma precisa gran cantidad de piezas bibliográficas (impresas y manuscritas) que contienen poesías propias del Romancero nuevo.

En 1859 apareció, en alemán, el trabajo de Wolf, arriba mencionado, y traducido al español en 1895. En él incluía un catálogo de fuentes del romancero, sobre las que realiza un verdadero análisis crítico --aunque desde el punto de vista del romancero tradicional-- de todas las fuentes por entonces conocidas sobre el romancero³⁸.

Por último, en 1899, apareció el *Catálogo* de la Biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros, que incluía entre sus entradas un gran número de obras poéticas, muchas de ellas con composiciones del *Romancero nuevo*. Y, aunque se referiere únicamente a obras impresas, sabemos que atesoraba también un gran número de obras manuscritas que fueron dadas a conocer por Rodríguez Moñino (1965-1966). Una parte de la Biblioteca del Marqués fue adquirida por compra de la biblioteca de Samuel Turner, entre cuyas obras se encontraban diversos romanceros, como señaló también Rodríguez Moñino (1966: 20-22). La pasión del marqués por los libros poéticos del Siglo de Oro le llevo a imprimir una *Desiderata*, que bajo el epígrafe *Antologías, Cancioneros y Romanceros* ofrecía “completísima lista bibliográfica de las más preciadas joyas de este género en ediciones de los siglos XV al XVII”³⁹. La Biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros fue adquirida en 1902 por Archer M. Huntington y pasó a formar parte del fondo bibliográfico que hoy se encuentra en la Hispanic Society of America.

6. Conclusiones

1. Huber y Wolf sentaron las bases de la separación de romances por estilos y permitieron, por tanto, el estudio y análisis independiente de cada uno de los grupos señalados.
2. Los eruditos de esta segunda mitad del siglo XIX supieron distinguir y caracterizar cada una de las clases de romances, aunque priorizaban y consideraban superiores a los viejos tradicionales.

34. Campa (2007) en prensa.

35. Salvá (1872: 1-56).

36. Salvá (1872: 57-176).

37. Salvá (1872: 179-358).

38. Wolf (1895: 12-115) “De las ediciones y colecciones de romances”. Del Romancero nuevo incluía: las *Flores* (12a-h), el *Romancero general* (13) la *Segunda parte del Romancero general* (14), *Romances de germanía* (16), *El Jardín de amadores* (17), la *Historia del [...] Cid* de Juan Escobar (18), el *Romancero historiado* de Francisco de Segura (19) y la *Primavera y flor* de Arias Pérez (20), las *Maravillas del Parnaso* (21), el *Laberinto amoroso* de Juan de Chen (22), *Romances varios*, Madrid 1655 (23), *Romances varios* Amsterdam, 1688 (24), *Floresta* de Tor-tajada (25) y los romanceros editados en el siglo XIX por Grimm, Depping, Abel Hugo, Durán, y Wolf-Hofmann.

39. Rodríguez Moñino (1966: 28).

3. Habrá que esparar hasta las clasificaciones de Menéndez Pidal para que los romances artísticos (o nuevos) se consideren como parte de la historia del Romancero general.

4. Los historiadores de la Literatura nada añadieron al estudio del género y sólo en contados casos favorecieron la difusión correcta de las investigaciones llevadas a cabo por los eruditos.

5. La edición de textos de romances nuevos poco o nada contribuyó a su difusión y lectura de estos textos romancísticos como un género independiente.

6. Fueron los estudios bibliográficos los que más avanzaron en la descripción, identificación y análisis de las colecciones de romances, no superados hasta 100 años después con los Catálogos de Rodríguez-Moñino.

7. Si bien es cierto que los estudios eruditos y trabajos bibliográficos habrían podido permitir el estudio y edición particular de este tipo de romances, todavía habrá que esperar a los últimos 20 años del siglo XX para que esta tarea inicie su recorrido.

8. Una vez identificados los distintos estilos del Romancero, la valoración de cada uno de ellos no se realizará hasta mucho más tarde, cuando Menéndez Pidal (1953), aunque aceptando plenamente la separación de los tradicionales del resto, considera que en su conjunto deben estimarse todas las clases de romances y no despreciar a ninguna.

Bibliografía

- AMADOR DE LOS RÍOS, J. (1862): *Historia de la Literatura Española*, por don José Amador de los Ríos, II, Madrid, Imprenta de José Rodríguez (reed. facsímil Madrid, Gredos, 1969).
- BIBLIÓFILOS ANDALUCES (1869): *Poesías del Doctor Juan de Salinas, natural de la ciudad de Sevilla*, Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces.
- CAMPA, M. de la (2006): "Algunas observaciones para la revisión de un género barroco: *El Romancero nuevo*", *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro (AISO)*, (Robinson Bollege, Cambridge, 118-22 julio, 2005), Antony Cose Editor, con la colaboración de Sandra M^a Fernández Vales, Madrid, AISO, 2006.
- (2007): "El *Romanero nuevo* entre neoclásicos y románticos", Comunicación leída en el XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, París del 9 al 13 de julio de 2007 (en prensa).
- CASTRO, A. de (1847-1854): *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, tomo I y II, Madrid, Ribadeneyra (BAE, XXXII y XLII), 1847 y 1854 (reed. 1872 y 1875, 1911 y 1915, 1931, 1950 y 1951) (incluye romances de Luis de Góngora y Juan de Salinas).
- CATALÁN, D. (1997): *Arte poética del romancero oral. Parte 1^a. Los textos abiertos de creación colectiva*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal-Siglo XXI Editores.
- CATALÁN, D. (2001): *El Archivo del Romancero*, 2 vols., Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal-Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid.
- CERVANTES, M. de (1864): *Obras completas de Cervantes*, ilustradas por D. J. E. Hartzenbusch y D. Cayetano Rossell, con notas de Cayetano Alberto de la Barrera, Madrid, Rivadeneyra.

- CHEN, J. de (1618): *Laberito amoroso*, ed. de Karl Vollmöller, 1891.
- CID, J. A. (1999): *Primera noticias y colecciones de romances en e l s. XIX*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- DURÁN, A. (1849-1851): *Romancero general, o colección de romances casellanos anteriores al siglo XVIII*, 2 tomos, Madrid, Rivadeneyra.
- GALLARDO, B. J. (1863-1889): *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, formado con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valley y D. J. Sancho Rayón, 4 tomos, Madrid, Rivadeneyra (I y II) y Manuel Tello (III y IV) (reed. facsímil, Madrid, Gredos, 1968).
- GARCÍA AL-DEGUER, J. y GINER DE LOS RÍOS, H. (1889): *Curso de Literatura Española. Apuntes crítico-biográficos y trozos selectos*, Madrid, Administración de la «Biblioteca Andaluza».
- HUBER, V. A. (1844): *Chronica del famoso cavallero Cid Ruy Diez Campeador*. Nueva edición con una introducción histórico-literaria, Marburg.
- JANER, F. (1877): *Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas. Poesías*, Tomo III, Madrid, M. Rivadeneyra (BAE, LXIX).
- JEREZ DE LOS CABALLEROS ([1899]): *Catálogo de la Biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros*, [Sevilla], [Enrique Rasco].
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1899): “Notas para el Romancero del conde Fernán González”, en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, I, Madrid, pp. 429-507.
- (1949): *El Romancero nuevo*, Madrid, Cursos para Extranjeros en Segovia.
- (1953): *Romancero Hispánico*, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe (2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1968).
- (1973): “El Romancero. Su transmisión a la época moderna”, *Estudios sobre el Romancero*, Madrid, Espasa-Calpe (conferencia dada en la Columbia University de New York, el día 7 de abril de 1909, y publicada por The Hispanic Society of America, The De Vinne Press, 1910).
- MICHAËLIS, C. (1871): *El Romancero del Cid. Nueva edición, añadida y reformada sobre las antiguas que contiene doscientos y cinco romances*, Leipzig, F. A. Brockhaus.
- MILÁ Y FONTANALS, M. (1853): *Observaciones sobre la poesía popular*, con muestras de romances catalanes inéditos, Barcelona, Narciso Ramírez.
- (1874): *De la poesía heroica-popular castellana*, Barcelona, Librería de Álvaro Verdaguer (reed. preparada por Martín de Riquer y Joaquín Molas, Barcelona, CSIC, 1959).
- PENNEY, C.L. (1965): *Printed Books 1468-1700 in the Hispanic Society of America*. A listing by Clara Louisa Penney, New York, The Hispanic Society of America.
- QUEVEDO, F. de (1866): *Parnaso español y Musas castellanas [...]*, Barcelona, Juan Pons.
- (1869): *Poesías completas [...]*, Barcelona, Librería de Lance de Ramón Pujal.
- (1883): *El Parnaso español con las nueve muas castellanas [...]*, París, Librería de Garnier Hermanos.
- (1886): *El Parnaso español o las nueve muas castellanas [...]*, Zaragoza, Carranque Delgado y Cª Editoriales.
- REVILLA, M. de la y P. DE ALCÁNTARA GARCÍA, *Principios generales de Literatura. Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1872 (2ª ed., 2 vols., Madrid, Imprenta

- de Pascual Conesa, 1877; 3ª ed., 2 vols., Madrin, Imp. De J. Garcçía, 1884; 4ª ed., 2 vols., Madrid, [Idamor Moreno], 1897-98).
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, A. (1973): *Manual Bibliográfico de Cancioneros y Romanceros. Impresos durante el siglo XVI*, por Antonio Rodríguez-Moñino, coordinado por Arthur L-F. Askins, 2 vols., Madrid, Castalia.
- (1977-1978): *Manual Bibliográfico de Cancioneros y Romanceros. Impresos durante el siglo XVII*, por Antonio Rodríguez-Moñino, coordinado por Arthur L-F. Askins, 2 vols., Madrid, Castalia.
- (1965-1966): *Catálogo de los manuscritos poéticos castellanos exsistentes en al Biblioteca de The Hispanic Society of America (siglos XV, XVI y XVII)*, por Antonio Rodríguez-Moñino y María Brey Mariño, New York, The Hispanic Society of America.
- (1966): *Catálogo de la Biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros*. Reimpreso por primera vez en facímile, precedido de una biografía del gran bibliófilo, Madrid, Librería para Bibliófilos.
- ROSELL, C. (1856): *Lope de Vega, Obras no dramáticas*, Madrid, Rivadeneyra (BAE, XXXVIII) (reed. 1918, 1935, 1950).
- SALVÁ, P. (1872): *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, escrito por d. Pedró Salvá y Mallen y enriquecido con la descripción de otras muchas obras, des us ediciones, etc., 2 tomos, Valencia, Imprenta de Ferrer de Orga (reed. facsímil Madrid, Julio Ollero, 1992).
- VALDIVIELSO, J. (1612): *Romancero espiritual*, ed del Padre Miguel Mir, 1880.
- WOLF, F. (1859-1895): *Studien zur Greschichte der Spanischen und Portugesichen Nationalliteratur*, Berlin, A. Asher & C, 1859 (versión española en la *Historia de las Literaturas Castellana y Portuguesa*, por Fernando Wolf, traducción del alemán por Miguel de Unamuno, profesor de la Universidad de Salamanca, con notas y adiciones por M. Menéndez Pelayo, de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, 2 vols., Madrid, La España Moderna, 1895).
- WOLF-HOFMANN (1856): *Primavera y flor de romances o colección de los más viejos y más populares romances castellanos*, publicada con una introducción y notas por D. Fernaqndo José Wolf y D. Conrado Hofmann, Berlín, A. Asher & C, 1856 (2ª ed. corregida y adicionada por D. Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, Lib. de la Viuda de Hernando y Cª (Antología de Poetas Líricos Castellanos, VIII), 1899; reed. preparada por Enrique Sánchez Reyes, Santander, CSIC, 1945).
- XIMÉNEZ EMBÚN, T. (1876): *Rimas de Pedro Liñán de Rianza en gran parte inéditas y ahora por primera vez coleccionadas y publicadas por la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza*, editadas por T[omás] X[iménez] E[mbún], Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial.